



Centenario

Cuento inédito de Strindberg



«Intentos de reforma» es el título del cuento inédito de Strindberg que publicamos. El autor sueco, de cuya muerte se cumplen cien años en mayo, sentó las bases de la literatura contemporánea

Ella había visto con repugnancia cómo las jóvenes eran educadas para ser amas de llaves de futuros maridos. Por eso había aprendido un oficio que pudiera darle de comer en todas las circunstancias de la vida. Hacía flores.

El había visto con tristeza cómo las jóvenes esperaban ser mantenidas por sus futuros maridos; deseaba casarse con una mujer libre e independiente que pudiera mantenerse a sí misma, de modo que él pudiera ver en ella a una igual y compañera de su vida, y no a un ama de llaves.

Y el destino quiso que se encontrasen. Él era pintor, artista, y ella hacía flores, como hemos dicho, y era en París donde habían hecho suyas esas nuevas ideas.

Era un matrimonio con estilo. Habían alquilado tres habitaciones en Passy. El estudio estaba en el centro; la habitación del marido a un lado y la de la esposa al otro. No iban a tener un lecho común; semejante cochinada que no tenía el más mínimo equivalente en la naturaleza y que solo daba motivo a la exageración y la picardía. Y, figúrense, eso de desnudarse en la misma habitación, ¡uf! No, no, cada uno su habitación y una neutralizada habitación común, el estudio. Nada de servicio porque los dos cocinarían juntos. Solo una mujer que fuera por las mañanas y por las tardes.

Estaba todo bien calculado y perfectamente pensado.

—Pero ¿y cuando tengáis hijos? —objetó el escéptico.

—¡No vamos a tener hijos!

—¡Bon! ¡Así que no van a tener hijos!

¡Era maravilloso! Él bajaba a la plaza por las mañanas y hacía la compra. A continuación preparaba el café. Ella barría, hacía las camas y limpiaba. Y luego se sentaban a trabajar. Cuando se cansaban, charlaban un rato, se daban pequeños consejos el uno al otro, se reían y lo pasaban muy bien. Y cuando se hacía la hora de cenar, él encendía el fuego y ella lavaba las verduras. Él atendía el *pot-au-feu* mientras ella bajaba a la tienda de ultramarinos y luego ponía la mesa mientras él servía la comida.

Como hermanos no vivían. Se daban las buenas noches y se iba cada uno a su habitación. Pero se oían unos golpecitos en la puerta de la esposa y ella gritaba: ¡adelante! La cama era estrecha y nunca hubo lugar a complicaciones, sino que cada uno despertaba en su cama a la mañana siguiente. Y sonaban unos golpecitos en la pared.

—¡Buenos días, querida! ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias, ¿y tú?

Siempre resultaba novedoso encontrarse por las mañanas y nunca se hacía rutinario. Por las tardes salían a veces juntos y se reunían con compatriotas en Syrach. Y a ella no le molestaba el humo del tabaco y ella no molestaba nunca.

Era lo ideal como matrimonio, decían los otros, y nunca habían visto una pareja tan feliz.

Pero la joven tenía padres que vivían lejos. Y le escribían y le preguntaban constantemente si Lisen no esperaba todavía porque ellos deseaban ardientemente

August Strindberg
CUENTOS



A la izquierda, Strindberg junto a Karin, Greta y Hans, tres de los hijos de su primer matrimonio, en una fotografía de 1886. Arriba, la portada de «Cuentos», volumen en el que Nórdica reúne doce relatos inéditos en español escritos por el autor en 1903 y publicados en 1905, y dos ilustraciones de Thorsten Schonberg rescatadas de la edición original

nietos. Lisen debía tener presente que el matrimonio estaba hecho para los hijos y no para los padres. Esto a Lisen le parecía una opinión anticuada. Pero entonces mamá preguntaba si la intención era exterminar el género humano con las nuevas ideas. Eso no lo había pensado Lisen, y tampoco le preocupaba. Ella era feliz y su marido también y el mundo había visto por fin un matrimonio feliz, y por eso les tenían envidia.

Ninguno de ellos era dueño del otro y la caja la dividían por igual. Unas veces él ganaba más, otras veces ella, pero se compensaba.

Y luego los cumpleaños. La esposa se despertaba cuando entraba *madame* con un ramo de flores y una cartita con flores pintadas y ella leía: «Felicidades a la señora Botón de Flor de su esbozo de pintor que la invita a un brillante tentempié en su habitación —¡ahora mismo, sin demora!». Y luego unos golpecitos en la pared y la esposa se ponía el salto de cama y unos golpecitos a la puerta del esposo y ¡adelante! Y desayunaban en la cama, en la cama de él, y *madame* se quedaba allí toda la mañana. ¡Era encantador!

Y nunca se hacía rutinario. Porque duró dos años. Y todos los adivinos adivinaron mal. Así debía ser el matrimonio.

Entonces ocurrió que la esposa se puso enferma. Ella pensó que sería por el empapelado, él creía que eran bacterias. ¡Sí, seguro que eran bacterias!

Pero había algo más que tampoco funcionaba. No era como debería. Seguro que era un resfriado. Y luego la esposa engordó mucho. ¿Le habría salido uno de esos tumores de los que tanto se leía? Sí, seguro que era un tumor. Y la esposa fue al médico. Y cuando volvió a casa se echó a llorar. Era verdaderamente un pequeño tumor, pero uno de esos que salen a la luz del día a su debido tiempo y se convierten en flores ¡y que a su vez germinan!

El esposo no lloró. Opinó que estaba bien y el muy granuja se fue a presumir de ello a Syrach. Pero la esposa volvió a llorar. ¿Qué iba a pasar ahora con sus respectivas posiciones? Ella ya no podría ganar dinero trabajando y tendría que comer el pan de él. Y deberían tener una sirvienta. ¡Uf, esas sirvientas!

Toda consideración, toda precaución, toda previsión había encallado en lo inevitable.

Pero la suegra escribía entusiastas cartas de felicitación repitiendo una y otra vez que el matrimonio lo había instituido Dios para los hijos; la satisfacción de los padres no era más que una cuestión de menor importancia.

Hugo aseguró que él ¡nunca pensaría que ella no ganaba nada! ¿No aportaba bastante al hogar con su trabajo con el hijo, no tenía eso también su valor? ¿No es el dinero únicamente trabajo? Pues entonces ella aportaba también su parte. Sin embargo, ella sintió durante mucho tiempo la desazón de que comería el pan de él, pero cuando llegó el pequeño, se olvidó de todo. Y ella fue su esposa y compañera como antes pero ahora, además, la madre de su hijo y eso a él le parecía lo mejor de todo.

TRADUCCIÓN DE MARINA TORRES